

Parece que se me pide para este artículo una exégesis, una especie de interpretación del propio hecho creativo cuando este procede del ámbito plástico.

Si soy preciso al relatar mi posición respecto al arte, he de decir que me dedico a éste de forma profesional desde mediados de los 90 aunque no quiero que esto, en cierta manera, pueda llegar a justificarme. Y es que esto tiende a ser un hecho cada vez más frecuente, es decir, el justificarse demasiado o recurrir al discurso, al comentario o la cita de este o de aquel intelectual, ya sea un filósofo, un historiador del arte, etc.

El arte se ha rodeado de un metalenguaje fantástico, necesita de él, porque creo (al igual que Jean Baudrillard en *La ilusión y la desilusión estéticas*) que mantiene una *posición semi-irónica de sí mismo*. Pienso que el arte hoy debe dirigirse a la búsqueda de su sentido y significación, pero esto, quizás sea otro tema.

Personalmente me interesa la lógica entre el creador y el público. Por ejemplo, es un hecho evidente dilucidar que la diferencia entre objeto artístico y objeto técnico depende del artista y que éste, el artista, y su producto siguen dependiendo del público. De alguna forma, el creativo no puede permanecer encerrado siempre en su creación, en su torre de marfil. Éste acude y presenta el producto una vez pasado el tamiz de su autocrítica, tal vez porque tampoco él está seguro de sí mismo. El objeto se presenta como no terminado, inacabado, y el espectador, en una especie de acto colectivo es invitado a participar en el asunto.

Sabedor de que tendrá que explicar por segunda, tercera, cuarta vez (la primera ya fue auto-explicada en su estudio), el artista que trabaja hoy, confiere, otorga plenos poderes, subvierte su papel al intercambiarlo con el del espectador metiéndose todo el mundo en la creación, convirtiéndose incluso en creadores, confundiendo los papeles y diferenciándose claramente de algún momento dado en la historia en el que sí había una verdadera separación entre el creador y su obra. Estoy hablando de un momento histórico, no muy lejano, en el que había un encuentro íntimo entre alguien, una imaginación y un objeto, en el que todo podía, era susceptible de convertirse en obra de arte, en el que incluso el visitante de la muestra también se convertía en público de arte.

El espectador, sin duda *se ve transformado en ready made del mismo modo que el objeto también se transforma en ready made en la exposición*¹⁵ creando, no una complicidad, sino una coalescencia de dos. Ese objeto se muestra seductor y nos hace incluso chantaje intelectual. Nos dice: "Hola, soy un objeto artístico, estoy aquí, si no me reconocen es porque no entienden nada".

Esto parece que sea crear hoy..., presentar objetos que se ofrecen para ser admirados, exigiendo al que contempla estar muy cultivado, a la altura de las circunstancias, y provocar toda una serie de reacciones que van desde la frecuentación al consumo, forzando incluso esa posible admiración como si de un chantaje se tratara. El público entra en ese juego de complicidades. No sé si lo que estoy viendo es arte, ya que ni el mismo objeto lo sabe o está seguro de ello, pero en esta decepción, pienso que hay puertas abiertas a la esperanza.

En medio de este simulacro nos encontramos nosotros, simulando escenificaciones, tratando de contar algo que a veces (muchas) se nos antoja complejo, ofreciendo un producto íntimo al ámbito público y por ende, exponiéndonos a la tiranía del hecho creativo.

José Medina Galeote es Artista plástico

¹⁵ Jean Baudrillard, *La ilusión y la desilusión estéticas*. Monte Ávila Editores, 1998

